

EN TORNO AL DISCURSO HISTORICO

ELIAS TRABULSE

*Centro de Estudios Históricos
de El Colegio de México*

Era proverbial que cualquier autor que intentara esbozar en pocas o muchas páginas una historia de la historiografía, tarde o temprano cayera en la no disimulada tentación de dedicar una sección al análisis del discurso histórico. A este tópico llegaba casi siempre de improviso, después de haber expuesto, a menudo con erudición desbordada, la naturaleza de la crónica histórica, o sea de aquel vuestro género donde los sucesos se acomodaban en el orden de su aparición temporal. Al ahondar en este tema el autor debía invariablemente mostrar cómo los datos ahí contenidos podían desplegarse en una secuencia narrativa de mayores alcances que explicara el encadenamiento causal de los sucesos. Esto lo conducía forzosamente a hacer una incursión en los llamados "estilos de la historia". Ahí explicaría las estrategias narrativas adoptadas en las diversas épocas y si el vuelo de la inspiración se lo permitía, la influencia ejercida por las corrientes de pensamiento que a sus ojos subyacían en los textos históricos objeto de su análisis.¹ Comenzaría señalando el carácter directo y desaliñado del lenguaje coloquial, el pomposo y apasionado del oratorio y el unívoco y esteticista del literario. En fin, se internaría por el frondoso bosque de las variedades que adoptaba cada uno de ellos y encasilla-

ría a los historiadores en compartimientos estancos según que hubieran tenido marcadas proclividades hacia la epopeya, el drama, el ensayo o cualquiera de las otras muchas modalidades de la expresión artística que puede utilizar esa inquieta inquilina del augusto templo de las musas que se llama Clío.²

En años recientes esa tendencia ha sufrido un profundo cambio debido sobre todo al análisis lingüístico, el cual ha mostrado que la historia tradicional de la historiografía empleaba periodizaciones demasiado superficiales, que sus criterios para enfocar el discurso histórico no eran adecuados y que los textos que antes resultaban transparentes y evidentes podían revelar una trama interior de enorme e insospechada complejidad³. Con sagacidad no desprovista de audacia los lingüistas restituyeron al viejo género histórico su carácter de evocación poética del pasado, e inexorablemente lo sujetaron a los criterios analíticos propios de una obra artística de este género.⁴ Sin embargo, la empresa no fue fácil, ya que la obra histórica mostró que bajo la superficie llana de su prosa ocultaba los laberintos propios del lenguaje poético, así como los entrecruzamientos infinitos, los silencios sonoros y las imágenes de claroscuro de ese mosaico del pasado, de esa pequeña conjetura acerca de lo que fue y no será más, de esa remembranza incompleta y no pocas veces nostálgica, en suma de esa conciencia de lo irreversible que es el discurso histórico.

Cuando la lingüística se consagró a analizar el texto histórico se vio ante la necesidad de responder a los interrogantes que surgían acerca de la especificidad del nivel discursivo tomado como un objeto. Sin embargo, pronto se percibió la imposibilidad de pensar el objeto-discurso histórico desde la perspectiva lingüística sin acudir a los análisis realizados sobre los discursos de otras disciplinas, lo que permitiría determinar con mayores alcances las

1. Dentro de las historias clásicas de la historiografía que abordan de esta forma el análisis de los textos podemos mencionar como particularmente ilustrativos: Edward FUETER, *Historia de la Historiografía Moderna*, Buenos Aires, Editorial Nova, 1953; Fritz STERN (ed), *The Varieties of History*, Cleveland and New York, The World Publishing Co., 1956; James W. THOMPSON, *A History of Historical Writing*, Gloucester, Peter Smith, 1967.

2. R. MOUSNIER y D. HUISMAN, *L'Art de la Dissertation Historique*, Paris, Sedes, 1965, pp. 65-77.

3. Patrick GARDINER, *La Naturaleza de la explicación histórica*, México, UNAM, 1961, pp. 67-81.

4. G.J. RENIER, *History, its purpose and method*, New York, Harper and Row, 1965, pp. 244-248.

condiciones del discurso histórico y sus relaciones con la forma social en la que nace.⁵

Un primer enfoque permitió evaluar la gran riqueza del material discursivo de la historia.⁶ En un breve pero sustancioso análisis de la labor del historiador, Roland Barthes se preguntaba si la narración de los hechos pasados tal como la concebía la "ciencia histórica", la cual pretendía reflejar fielmente la realidad pretérita, difería por algún rasgo específico de la narración imaginaria tal como se la encuentra en la epopeya, la novela o el drama. Y si ese rasgo distintivo existía, ¿en qué lugar del sistema discursivo, en qué nivel de la enunciación habría que situarlo?⁷ Estas dos preguntas provenían del hecho cada vez más obvio de que los historiadores se vinculan a las palabras como a índices de comportamiento que satisfacen sus deseos y tendencias de medir y clasificar el pasado.⁸ El lingüista podía entonces dejar de lado el análisis inmanente del discurso histórico tal como se practicaba hasta entonces y hacer surgir el contenido social de su objeto. Una aparente concordia apareció así entre los análisis del lingüista y los del historiador, el primero al describir el funcionamiento y el segundo al fijar el tiempo de la interpretación. Sin embargo, y como siempre sucede al intentar penetrar en los abismos del discurso histórico, pronto surgió un problema que se reveló insoluble: el de la homología de ambos enfoques, es decir, la dificultad de poner en paralelo dos universos en los cuales eran flagrantes las distorsiones, las covariantes, los desplazamientos.⁹ Ello no quiere decir que los análisis del discurso histórico realizados por los lingüistas desde la edad de oro del estructuralismo, es decir por los años sesentas, hayan carecido de valor y profundidad. Todo lo contrario.

Los lingüistas pudieron fijar el momento del tránsito del enunciado a la enunciación en el texto histórico y el valor de los

5. Jacques LE GOFF, Roger CHARTIER y Jacques REVEL. *La Nouvelle Histoire*, París, CEPL, 1978. p. 305.

6. Roland BARTHES, "El Discurso de la Historia", en *Estructuralismo y Literatura*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1972, p. 37.

7. *Ibid.*

8. LE GOFF *et al.*, *op. cit.*, pp. 304 ss.

9. *Ibid.*

referentes en la organización del discurso que realizaba el enunciante, es decir el historiador. Al hacer esto fueron los primeros en percatarse de la coexistencia, del roce, primero imperceptible y al final abrumador, de dos tiempos: el de la enunciación y el de la materia enunciada. Esto les permitió señalar una particularidad de dicho discurso: la de la aceleración en la historia que al romper con la isocronía atacaba implícitamente la estructura lineal del discurso. Más aún, al llevar a sus últimas consecuencias este hecho pudieron señalar el carácter recurrente de ciertas narraciones históricas que no sólo rompían con la isocronía sino también con el proceso de aceleración al volver una y otra vez a los orígenes de su temática. Las consecuencias de este fenómeno no eran difíciles de predecir, pues era evidente que el simple enfrentamiento, en un primer momento, del tiempo histórico y del tiempo del discurso no sólo relativizaba y cuestionaba el valor mismo del análisis lingüístico, sujeto como el discurso al implacable yugo del tiempo, sino que le otorgaba al modesto historiador una función predictiva de incalculable valor, ya que sabía de antemano el futuro de los sucesos que todavía no narraba.¹⁰

Este sorprendente hecho condujo a los lingüistas a indagar acerca de la persona misma del historiador, quien súbitamente había adquirido facultades negadas al común de los mortales. Al penetrar en tan proceloso asunto pudieron determinar los límites de la presunta objetividad histórica, que mostró ser una forma particular de lo imaginario, lo que le restituía a la narrativa histórica una de sus más venerables características. Así, resultó evidente que las colecciones de hechos, que en su sentido más lato forman las crónicas y los anales, adquieren una significación diferente al ser organizadas en núcleos y estructuradas en una secuencia que tiende a dar un sentido a la historia que se narra. El historiador es, en última instancia, aquél que reúne significantes más que hechos y los relata, es decir, los organiza con el fin de establecer un sentido positivo y llenar así el vacío de la pura serie.¹¹ El gran logro de este análisis fue el incidir en uno de los asuntos más debatidos de los últimos

10. BARTHES, *op. cit.*, p. 38.

11. *Ibid.*, p. 47.

tiempos en el campo de la crítica histórica: el que le atribuye a la objetividad histórica el carácter de una ilusión inalcanzable, pues el historiador objetivo que sólo deja hablar al referente, es decir, a los hechos, "irreductibles y obstinados", no ha hecho otra cosa que engarzar significantes, puesto que las carencias de signos resultan también ser significantes.¹²

De esta manera, el discurso histórico, siempre aseverativo y en apariencia preocupado por describir rigurosamente lo que fue, reveló ser, en su propia estructura narrativa, una elaboración ideológica, una creación de la imaginación o, para ser más precisos, una evocación significativa del pasado.¹³ Así, restituida a esta valiosa posición que la nueva historiografía científicista le había quitado, la historia se revistió una vez más del carácter que la vieja historiografía griega le había atribuido: el de describir simple y llanamente, y de ser posible en forma agradable, los hechos del pasado, para que, como decía Herodoto, "no llegue a desvanecerse con el tiempo la memoria de los hechos públicos de los hombres".

Este gran logro de la crítica lingüística del discurso histórico hubiera sido suficiente para aquilatar su importancia como un elemento del análisis historiográfico. Pero, como a menudo acontece, el esquema así logrado de la narración histórica resultaba insuficiente a los ojos de los lingüistas, los cuales, dando un paso más, incidieron en las operaciones mismas de dicho discurso y afirmaron que, en rigor, el hecho histórico solamente poseía una existencia lingüística que resultaba ser la copia de otra realidad ya desaparecida y, por lo tanto, situada en un campo extra-estructural;¹⁴ o sea, que el discurso histórico era el único en el que el referente era ajeno al discurso mismo y, paradójicamente, no podía ser encontrado más que dentro de ese mismo discurso.¹⁵

Las conclusiones derivadas de este planteamiento eran obvias: el antes encomiado significado del discurso histórico se confundía íntimamente con el referente, con lo que el "término fundamental

de las estructuras imaginarias" se perdía.¹⁶ La narración histórica no era, en última instancia, sino la incompleta relación del referente con el significante, la cual, al eliminar al significado, ahora confundido con el referente, le quitaba de un solo golpe una de sus más preciadas cualidades: la de ser una evocación realista del pasado.¹⁷ La historia "realista" no era entonces sino una ficción que pretendía, sobre una acumulación de referentes, dar significado a lo que ya no existía. El abandono que se percibió, en estas últimas décadas, de la simple narración y su sustitución por una historia estructural resultaba la prueba concluyente del agotamiento del discurso histórico clásico, que en lo futuro intentaría no tanto expresar lo real sino lo inteligible.¹⁸

Como puede comprenderse, este agudo análisis realizado por los lingüistas daba y quitaba a la narración histórica, en un único movimiento, su carácter imaginativo, cabe decir poético, que como evocación del pasado tenía. Las consecuencias que de ello se seguían eran fáciles de imaginar: el discurso histórico como recreación realista del pasado era siempre subjetivo y como acumulación de referentes carecía del significado propio de las obras imaginarias. El residuo que quedaba era decididamente de poco valor: un esqueleto lexicográfico que definía y limitaba por un puro criterio estadístico las tendencias y orientaciones políticas e ideológicas del historiador. De esta manera, el "placer del texto" histórico se perdía en un preciso recuento de palabras y locuciones, es decir en un análisis cuantitativo de lo por esencia inasible, es decir del pasado.¹⁹

Afortunadamente, el renacimiento en nuestros días del género realista, y en particular del más realista de todos, es decir del biográfico, ha puesto en duda algunas de las devastadoras conclusiones a las que hace algunos años llegó el análisis lingüístico del discurso

16. *Ibid.*

17. David HACKETT FISCHER. *Historian's Fallacies. Toward a Logic of Historical Thought*, New York, Harper and Row, pp. 263-281.

18. Henry STIELE COMMAGER, *The Study of History*, Columbus, Charles E. Merrill Books, 1965, pp. 53-60; MOUSNIER y HUISMAN. *op. cit.*, pp. 89-106.

19. Raymond KLIBANSKY y H. J. PATON (eds), *Philosophy and History*, New York, Harper and Row, 1963, pp. 125-136, 265-276.

12. *Ibid.*, p. 42.

13. *Ibid.*, p. 48

14. *Ibid.*

15. *Ibid.*, p. 49

histórico. Este renacimiento obviamente no es casual y revela más que otra cosa la profunda vitalidad de la narración histórica concebida como un arte. A principios del siglo XIX, Hegel, en sus *Lecciones de Estética*²⁰, señalaba que el modo de aprehender de la historia se asemejaba mucho al de la poesía, pero que a diferencia de ésta la historia acumulaba hechos que, al ser interpretados y contemplados, hacían posible una composición, una construcción y una forma de discurso peculiar y absolutamente original.²¹ Al afirmar esto, Hegel hacía un llamado para analizar el discurso histórico desde fuera. Para él, la historiografía era un “arte verbal” que intentaba resucitar, evocándolo, un pasado desaparecido; de ahí que su función cayera dentro de los presupuestos e imperativos de la conciencia estética que, por sus características, definió como una conciencia *post-histórica*. Asimismo, Hegel subrayó que tanto la doxografía como la heurística, es decir la búsqueda y la crítica de los referentes, eran, por sus métodos, rigurosamente científicas y aun altamente objetivas, pero que sólo a la hermenéutica, es decir a la exégesis de los datos, le estaba reservada la evocación artística, la reconstrucción imaginaria que, superando al referente puro, le atribuía un significado al hecho histórico.²² La composición armónica y equilibrada de estos significados en una narración reflejaba no lo que el pasado fue en sentido estricto, cosa evidentemente imposible de determinar, sino la conciencia histórica del narrador, su propia y personal concepción del pasado.²³

Así, pues, la relación que encadenaba inexorablemente al referente con el significante se torna, por una óptica externa al discurso mismo, en su contraparte, es decir en una secuencia en prosa de significados. No sólo este tipo de discurso no vaciaba a la experiencia histórica de su riqueza y vitalidad, sino que, invirtiendo los términos, era incapaz, por ser una evocación poética del pasado, de despojarlo de su carácter “ideal”.²⁴ O sea que esquivando la

20. Georg Wilhelm Friedrich HEGEL. *The Philosophy of Fine Art*, London, G. Bell and Sons, 1920. IV, pp. 22ss.

21. *Ibid.*, p. 25.

22. *Ibid.*, p. 26.

23. *Ibid.*, pp. 38-43.

24. Hayden WHITE. *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*. Baltimore and London, The Johns Hopkins University Press, 1975, p. 81.

amenaza de atomizar y sujetar los hechos a un puro determinismo causal, tal como el análisis lingüístico presupone que sucede, la conciencia del historiador se eleva hasta aprehender el pasado más allá de los datos escuetos que lo retratan, los cuales deben permanecer unidos en una totalidad integradora que, mientras más completa, más profunda y rica en imágenes será.²⁵ Era, para emplear una hipérbola cara a nuestro filósofo, un “nuevo mundo” que se revelaba a la conciencia del historiador y que hallaba su más acabada forma de expresión en el discurso histórico.²⁶

Ahora bien, la historia de la historiografía nos muestra que la narración histórica ha oscilado entre dos polos que más que otra cosa patentizan la pugna entre dos visiones del acontecer histórico, la “subjetiva” y la “objetiva”. Los lingüistas atribuyen a la densidad de los índices y a sus funciones la inclinación hacia uno u otro tipo de historia. “Cuando en un historiador —dice Barthes— las unidades indiciales predominan (remitiendo a cada momento a un significado implícito), la historia se ve arrastrada hacia una forma metafórica y se aproxima a lo lírico y lo simbólico. . . Cuando, en cambio, dominan las unidades funcionales, la Historia adopta una forma metonímica”.²⁷ Entonces, si en rigor la objetividad histórica también conlleva un significado, expresable a la manera metonímica, es decir como un modo de comprensión más propio de las ciencias de la naturaleza, es porque también, como la historia “subjetiva”, es un intento de reconstrucción imaginaria.²⁸ Son las gradaciones de un mismo lenguaje poético.

El movimiento pendular que observamos al repasar la historia de la historiografía adquiere una nueva significación cuando sujetamos al discurso histórico, en tanto que evocación poética, a uno de los cuatro *tropos* básicos que la teoría del lenguaje identifica como propios del lenguaje poético o figurativo.²⁹ En efecto, la

25. *Ibid.*, p. 84.

26. *Ibid.*, pp. 85-86.

27. BARTHES, *op. cit.*, p. 46.

28. WHITE, *op. cit.*, p. 87.

29. Roman JAKOBSON, “Linguistics and Poetics”, en Thomas A. Sebeok (ed), *Style in Language*, New York and London, Technology Press and John Wiley, 1960, pp. 350-377; Roman JAKOBSON y Morris HALLE, “The Metaphoric and Metonymic Poles”, en Hazard Adams (ed), *Critical Theory since Plato*, New York, 1971, pp. 1113-16.

teoría de los tropos nos proporciona una original técnica para caracterizar las formas dominantes en un cierto momento del pensamiento histórico a la vez que nos permite acceder a las estructuras profundas de la imaginación histórica. De esta manera vemos que la trayectoria lineal de la historia de la historiografía tradicional se quiebra para dar origen a ciclos cerrados donde cada una de las formas historiográficas puede ser considerada como una fase o momento dentro de una tradición discursiva dinámica que evoluciona de la metáfora a la metonimia y a la sinécdoque, hasta llegar a la forma irónica de aprehensión del pasado, o sea a la conciencia de la relatividad de todo conocimiento.³⁰ Es obvio que esta secuencia no es precisa ni puede nunca acotarse con exactitud, ya que existen deslizamientos y sobreposiciones, pero como esquema del proceso historiográfico resulta ilustrativa. Por otra parte, si consideramos que la historia establece siempre una determinada *trama*, podemos pensar que la mayor parte de los textos históricos tenderán a adoptar una de las cuatro principales formas señaladas por Northrop Frye, a saber: novela o fábula, comedia, tragedia y sátira,³¹ las cuales en mayor o menor medida pueden adoptar alguna de las variantes de los tropos literarios.

Desde hace algunos años, los lingüistas se dieron cuenta de que dentro del discurso histórico existían "unidades de contenido" que se sucedían imperceptiblemente. Una de estas unidades la forman "los fragmentos del discurso de naturaleza razonadora, silogística o más precisamente entimemática, puesto que se trata casi siempre de silogismos imperfectos, aproximativos".³² Este tipo de secuencias funciona invocando principios que hacen las veces de *leyes de la historia*. En dicho nivel de conceptualización el historiador explica acontecimientos de la historia por la construcción de una estructura *deductiva* que a veces adquiere la

forma de un silogismo.³³ La premisa mayor es la ley misma que explica las relaciones causales; la menor, las condiciones específicas y particulares a las cuales se les aplica la ley; y la conclusión, la que deduce de la ley los acontecimientos que se produjeron por una necesidad lógica. Esta forma de razonamiento histórico fue la respuesta del siglo XIX a la anarquía conceptual en la que, según se pensaba, se movían los historiadores, y una manera de apegarse a los postulados legalistas de las ciencias de la naturaleza. Un teórico de la historia del pensamiento histórico, Stephen C. Pepper, ha procurado definir las cuatro formas paradigmáticas que puede adoptar dicha manera de concebir el pasado y que son: el formismo, el organicismo, el mecanicismo y el contextualismo.³⁴ Estos cuatro paradigmas pueden también correlacionarse con las formas del discurso histórico definidas por los tropos literarios.

Podemos, entonces, ver que la narración histórica concebida como forma peculiar del lenguaje poético puede correlacionar niveles de conceptualización de una manera original que no es fácil de encontrar en otros géneros literarios, y ello sin tomar por ahora en consideración los otros segmentos del discurso con implicaciones ideológicas y políticas de algún tipo.³⁵ Esta posibilidad de hacer coincidir niveles conceptuales forma el estilo propio y personal del historiador, quien, al redactar su obra, a la vez que adopta una forma de trama, sigue en mayor o menor medida un argumento formal expresado siempre de acuerdo con los giros propios de un tropo literario. Existe una especie de "afinidad electiva" entre dichos niveles, basada en evidentes *homologías estructurales* que, cabe repetirlo, nunca actúan en forma necesaria. Así, es evidente que el formismo podrá adaptarse más fácilmente a una narración fabulosa expresada en forma de metáfora, el mecanicismo a una versión del pasado concebido como tragedia y expresado en forma de metonimia, el organicismo a una concepción del pasado concebida como comedia y expresada en forma de sinécdoque, y el con-

30. WHITE, *op. cit.*, p. 38; BARTHES, *op. cit.*, pp. 45-46.

31. Northrop FRYE, *The Anatomy of Criticism: Four Essays*, Princeton, Princeton University Press, 1957, pp. 158-238. Un estudio acerca de estas caracterizaciones puede verse en: Geoffrey HARTMAN, "Ghostlier Demarcations: The Sweet Science of Northrop Frye", en *Beyond Formalism: Literary Essays, 1958-1970*, New Haven and London, Yale University Press, 1971, pp. 24-41.

32. BARTHES, *loc. cit.*

33. KLIBANSKY y PATON, *op. cit.*, pp. 323-328.

34. Stephen C. PEPPER, *World Hypotheses: A Study in Evidence*, Berkeley and Los Angeles, University of California Press, 1966, pp. 141 ss.

35. Por ejemplo las propuestas por Karl MANHEIM en su *Ideología y Utopía*, es decir: Anarquismo, Conservadurismo, Radicalismo y Liberalismo.

textualismo a una idea del pasado concebida como sátira y expresada en forma de ironía. A menudo el valor estilístico de una obra histórica proviene de la tensión dialéctica que se establece cuando el autor intenta hacer compatibles trama, argumento e ideología. Bien pudiera ser que el mayor reto para un historiador radique en su capacidad para expresar dicha tensión de tal forma que el texto literario refleje no sólo la profundidad de su evocación sino también la polaridad que ella ha creado.³⁶ Esta teoría nos lleva de regreso a un tópico apuntado más arriba: el de los movimientos cíclicos de la historia de la historiografía. Con las limitaciones lógicas de este tipo de generalizaciones, podemos pensar que las fases del ciclo por las que pasan los géneros historiográficos reflejan no sólo una mentalidad histórica determinada sino una realidad social que la condiciona.³⁷ De esta manera, el objeto-discurso de los lingüistas adquiere toda su amplia y profunda significación, ya que la narración histórica se ha manifestado no sólo como una secuencia de significados sino como una compleja elaboración literaria que revela una trama, un argumento formal y una ideología; o sea que, como diría Michel Foucault, se manifiesta como una "práctica" articulada sobre otras prácticas.³⁸ De esta forma, no es difícil percibir que las coyunturas históricas, que provocan soluciones de continuidad en los procesos, inician casi siempre un ciclo historiográfico donde el optimismo propio del nacimiento de una época se trasluce en textos en los cuales abundan las metáforas acerca de la redención y del triunfo del bien sobre el mal; un segundo momento nos lo daría la codificación del proceso que, si se concibe como comedia, o sea como búsqueda de la concordia, adoptará las formas cualitativas e integradoras de la sinécdoque y, si como tragedia, las cuantitativas y reduccionistas de la metonimia.³⁹ Son las fases de la historiografía constructiva los momentos en los que se finca la conciencia histórica de una sociedad, en los que las mitolo-

36. WHITE, *op. cit.*, pp. 29-31.

37. Patrick GARDINER, *Theories of History*, New York, The Free Press, 1969, pp. 356-373, 408-427.

38. Michel FOUCAULT, *La arqueología del saber*, México, Siglo XXI, 1970, pp. 304-309.

39. WHITE, *op. cit.*, pp. 31-38.

gías nacionales creadas en un primer momento de exaltación hallan un fundamento histórico, en suma, son las fases las que al establecer la historia sobre bases científicas le dan al acontecer histórico un movimiento dialéctico reflejo de las oposiciones sociales de su momento.⁴⁰ Es el instante en el que la historiografía que se dice "objetiva" abandona poco a poco la estructura diacrónica para iniciar la última fase del ciclo, aquella que se caracteriza por su estructura sincrónica.⁴¹ Con esta última aparece un tipo de discurso con las características de la sátira histórica de la sociedad, discurso que se envuelve en los giros de la ironía. Es la hora de la negación metafórica, de la duda tácita que corroe aquello que se afirma en el nivel literario, es en suma el tiempo de las aporías historiográficas que ponen de manifiesto su carácter metatropológico, pues la ironía es utilizada con plena conciencia de que se está falsificando el lenguaje figurativo.⁴² Como puede suponerse, las obras históricas así concluidas son el más ágil vehículo de la crítica social en un momento coyuntural que, según los autores que la han analizado, adquiere las características de "disolución final" (Vico), de "muerte de lo heroico" (Frye), de "conciencia desgraciada" (Hegel).⁴³ Como sucedánea de la tragedia, la sátira final es iconoclasta. El protocolo lingüístico de la ironía, que según algunos autores es el "residuo no heroico de la tragedia", pone de manifiesto un modo de pensamiento radicalmente crítico no sólo de la sociedad en la que surge sino de su propia capacidad para aprehender la realidad histórica con el lenguaje.⁴⁴ Su relativismo llega al extremo de crear una fatal asimetría entre el proceso de la realidad histórica y cualquier tipo de caracterización verbal de dicho proceso.⁴⁵ En última instancia, la ironía llega a disolver el lenguaje histórico mismo. Su mal disimulada suspicacia respecto de cualquier tipo

40. GARDINER, *Theories of History*, p. 287.

41. André JACOB, "Nature et Histoire a la lumière de la linguistique", en *Revue de Métaphysique et de Morale*, juillet-septembre 1961, No. 3, pp. 253-264; A. J. GREIMAS, "Estructura e Historia", en Jean PAVILLON et al., *Problemas del Estructuralismo*, México, Siglo XXI, 1967, pp. 124-127.

42. FRYE, *op. cit.*, p. 228.

43. WHITE, *op. cit.*, pp. 231-233.

44. FRYE, *op. cit.*, p. 224.

45. FISCHER, *op. cit.*, pp. 164-166.

de fórmulas la lleva a deleitarse exhibiendo, como en el análisis lingüístico del discurso histórico al que le hemos dedicado estas reflexiones, las paradojas contenidas en toda tentativa para capturar la experiencia por medio del lenguaje. Es, en suma, la última etapa de un proceso historiográfico que refleja el estado de descomposición de una sociedad determinada y la cual paradójicamente es la condición de posibilidad de su existencia. Después de la ironía el ciclo se cierra. La nueva historiografía que le sucede rechazará los excesos de su antecesora y fincará en el optimismo vivificante una nueva esperanza traslucida en la riqueza de sus metáforas. Y así, con la apertura de un nuevo ciclo historiográfico, el discurso histórico habrá probado ser una de las más profundas, íntimas y duraderas experiencias intelectuales que los seres humanos puedan experimentar.

Elías Trabulse es profesor e investigador en El Colegio de México. Sus últimos trabajos publicados son: *Historia de la Ciencia en México* (4 volúmenes), México, Fondo de Cultura Económica, 1983, y *Ciencia y Religión en el Siglo XVII*, México, El Colegio de México, 1974.